

El Estado no es el problema Es parte de la solución.

Por: Edgar Gutiérrez

Para eso (también) está el Estado, para dar libre acceso a la educación y la salud. Es su obligación y –a pesar de las alarmas sobre costos– un remedio barato y humano ante graves males sociales y pandemias criminales. Parece anacrónico debatir sobre un asunto que hace más de un siglo fue política de Estado y, luego, un prometedor pacto social que insensatamente rompimos. La discusión debe ser sobre eficiencia, transparencia y maneras de perfeccionar las políticas para que rindan al desarrollo y nos hagan ganar libertades plenas.

¡Nadie está en desacuerdo con eso! Me dirá alguien frente a la página: el problema es, por un lado, el clientelismo y la corrupción, y, por otro, el daño terrible al individuo y su cultura de trabajo cuando se acomoda a la dádiva. El asistencialismo, la dependencia, la flojera. Tampoco objeto ese enfoque.

Ahora, en nuestro contexto tales políticas de inclusión y oportunidades son insoslayables; resultan el único eslabón para 7 millones de personas de poder participar dignamente en la sociedad. Si renunciamos o escamoteamos, como hasta ahora, ese propósito, acabaremos perdiendo viabilidad como nación. Los Estados que ahora calificamos de exitosos lo son porque llevaron bien esas tareas sociales, incluso –como en la Europa del siglo XIX– antes de institucionalizar los derechos civiles. El vigor socioeconómico les empujó hacia la política democrática.

Quienes critican los programas de gratuidad suelen omitir los subsidios trasladados a grupos pudientes y grandes empresas. No digo que sean necesariamente malos. Las “políticas de incentivos” (ahora de “estabilidad macroeconómica”) hicieron florecer negocios contribuyendo al empleo y al crecimiento. Pero al poner en la balanza la gratuidad de los servicios básicos y los subsidios directos e indirectos a grupos pudientes, el desequilibrio a favor de estos resulta obscuro y oneroso. Como país no iremos a ningún lado con esa doble moral de condenar el “asistencialismo” a los pobres, apegados a privilegios y bajas responsabilidades.

El desarrollo exige ciertas protecciones empresariales temporales, fomento del capital social y un manejo nacionalista racional de los recursos naturales. Para orientar ese proyecto y garantizar el clima adecuado es que sirve el Estado. La crisis global volteó súbitamente el paradigma: el Estado es parte de la solución, ya no el problema. Se abre una oportunidad y si no la aprovechamos la alternativa es el caos.